

Exposición: *El Diablo, tal vez. el mundo de los Brueghel*. Museo Nacional de Escultura (Valladolid), Del 1 de diciembre de 2018 al 3 de marzo de 2019 (prorrogada hasta 17 de marzo de 2019).

Lujuria, Ira, Soberbia, Envidia, Avaricia, Pereza, Gula... quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra. La tentación, el pecado y Satanás forman el hilo conductor de la exposición *El Diablo, tal vez. El mundo de los Brueghel*, que acogió el Museo Nacional de Escultura del 1 de diciembre de 2018 al 3 de marzo de 2019 y que, debido a su éxito, se prorrogó hasta el día 17 del mismo mes. Las piezas han recreado la fantasía flamenca desde la faceta más oscura de la imaginación humana, liderada por el taller del Bosco, Pieter Bruegel "el Viejo", Jan Brueghel de Velours y otras obras de factura anónima. Son pintores que desconfían de la realidad y por eso la manipulan y distorsionan, representando el mundo interior del hombre, el que no se puede maquillar ni disfrazar de apariencia, el mundo que les interesa. Junto a los adalides de la pintura flamenca de los siglos XV y XVI, encontramos la obra de un compatriota contemporáneo: el artista belga Antoine Roegiers, que deconstruye la obra de los maestros para crear su propia interpretación. A partir de un juego de espejos que refleja cientos de personajes, vemos la confrontación de dos mundos dolorosos y grotescos que se distancian 500 años en el tiempo, pero muy poco en significado. Ni antaño ni ahora, nadie se salva del Mal.

Se entromete en nuestras pesadillas como un ser grotesco, de un color rojo sanguinolento, con malignos ojos amarillos enmarcados en un ceño fruncido, de orejas largas y puntiagudas, como la cola, en ocasiones con una barba "de chivo", pero siempre con dos característicos cuernos enroscados. Este es el estereotipo del Demonio en nuestros días que, con atributos como los ojos, los cuernos o la barba, parece derivar de su versión de macho cabrío. Satán ha tenido múltiples interpretaciones a lo largo de la historia. Dragones, leones, cabras, murciélagos, búhos y serpientes, mezclados con características humanas, pues el Diablo es un ángel caído y, por tanto, aunque se manifieste en diversas formas, es un ser antropomórfico. Además, siempre se le priva de armonía y belleza pues, de acuerdo con los preceptos clásicos, la belleza se asocia con el bien y la fealdad con el mal.

En el orden de sucesos que lleva al ser humano a cometer vilezas el primer estadio es la tentación que, al calar en el espíritu, conduce al pecado. Es san Antonio el anfitrión que nos abre las puertas de la exposición, como protagonista indiscutible del mundo de las tentaciones, concepto sobre el que reflexionamos en primer lugar. El Demonio le presentó toda clase de imágenes impuras, pero nada funcionó, hasta tal punto que el santo logró enfurecer al mismísimo Maligno. La

sociedad flamenca de los siglos XV y XVI, deseosa de librarse de la condena a los infiernos, comenzó a interesarse por el talante del santo ante las tentaciones, significando un reto para la pintura a la hora de plasmar esta imagen. En esta sala vemos pinturas, relieves e incluso un escritorio, pero la gran protagonista es *Las tentaciones de san Antonio* (1601-1625), de Jan Brueghel de Velours (1568-1625). El ermitaño, que lee a la luz de una candela, es atacado por Lucifer a través de tres maneras: el torturador acoso de monstruos, la tentación carnal de hermosas mujeres y el intento de impedir su llegada al cielo. Los monstruos y las mujeres se agolpan en tropel en torno al santo, que se mantiene impertérrito, abstraído en su lectura. Para dar forma a esta ansiedad compositiva, Jan utilizó grabados de su padre Pieter Bruegel, especialmente el que representa el orgullo o la soberbia, y que vemos más adelante en la exposición. Para el tercer episodio, en el que los demonios intentan arrastrar a san Antonio hacia la tierra para evitar su ascenso a los cielos, el pintor toma influencia de una imagen de un grabado de Martin Schongauer, del que vemos una estampa en la misma sala de la exposición.

En el universo flamenco la morfología del mal no sólo es extensa, como se aprecia en la pintura anterior, sino también atractiva, porque todo el halo de prohibición, morbo y tentación que rodea al mal es seductor. Y es lo que ocurre en la segunda sala de la exposición que, en contraposición a la anterior, en la que el mal es vencido, Pieter Brueghel "el Viejo" (1525-1569) nos muestra el triunfo del Diablo que induce al pecado a través de la tentación. En las estampas que conforman *Los Siete Pecados Capitales* (1558), el artista se gana la fama de gran dibujante reflexionando sobre los vicios humanos, de una forma irónica pero también intimidante. Son microescenas lideradas por hombres, animales, demonios y otros seres horribles enredados entre sí, en posturas y perspectivas de todo tipo. En dicha maraña de desenfreno, cada imagen está presidida por una alegoría del tema que titula cada estampa, alegoría formada por una mujer acompañada de un animal. De esta manera, la dama de la Gula aparece con un cerdo, la Envidia con dos perros, la Soberbia con un pavo real, la Ira con un oso, la Avaricia con un sapo, la Lujuria con un gallo y la Desidia con un asno.

Al margen de las estampas, pero en el mismo espacio, un demonio de madera policromada, de factura anónima, colocado estratégicamente en una esquina nos lleva a las dos salas restantes, las del artista contemporáneo Antoine Roegiers (1980). A la derecha se expone el método creativo del belga, obsesionado por el detalle como sus compatriotas que, en un trabajo casi artesanal, deconstruye los dibujos de los maestros flamencos, separando y despiezando cada elemento como si fuesen recortables, arquitecturas, geografías y personajes, para luego volverlos a unir, sacándolos del estatismo y otorgándoles movimiento. Mediante un soplo digital la gran fantasía flamenca cobra vida en la sala que pone fin al recorrido. Ya no son siete estampas como en el espacio dedicado a Brueghel, sino el mismo número de pantallas que muestran al espectador el film *Los 7 Pecados Capitales* (2011). Cada pantalla tiene una duración de poco más de tres minutos y todas se reproducen simultáneamente. En ellas, van naciendo de la nada todos los personajes que materializan cada uno de los pecados, en un inquietante

movimiento nos cuentan los secretos de cada trama, las intenciones de cada pecado. El artista contemporáneo recrea lo que Brueghel no pudo debido a las limitaciones obvias de su momento, inventa la acción completa en la que pudo pensar su antepasado. Roegiers lleva al espectador más allá de donde le habían llevado los Brueghel.

Esta magnífica exposición, comisariada por María Bolaños, directora del Museo Nacional de Escultura, ha contado con obras de los fondos de la propia institución, pero también del Museo del Prado, del Museo Lázaro Galdiano y de la Biblioteca Nacional. Han complementado la muestra un ciclo de actividades en torno al cine y la música, talleres para todos los públicos y una serie de conferencias impartidas por especialistas en pintura flamenca.

Nos hemos adentrado en tamaño pandemónium de forma voluntaria para darnos cuenta una vez más de que los vicios, las vilezas y las debilidades del ser humano no cambian de esencia. La locura y la perversidad que se desatan en las obras vistas siguen inquietando incluso siglos después, conectan con la sensibilidad contemporánea precisamente porque es difícil no reconocerse en ninguna de las figuras o actitudes que aparecen en este universo de pecado y tentación. Nada es lo que parece y todo tiene consecuencia, quedamos avisados.

Cave, cave, Dominus videt.

Ana Martínez-Acitores González¹

Universidad de Valladolid

Marzo, 2019

¹  <https://orcid.org/0000-0002-2775-8917>